

¡Desgraciada pretension del hombre! Se siente inteligente y libre, y queriendo usar ampliamente de estos dónes, se olvida de su debilidad y de su insuficiencia y cae en la doble aberracion de abandonar el guía celestial para entregarse al guía mundano. ¿Dónde estará la infalibilidad si no está en el cielo? Si es cierto que la humanidad necesita y busca sin cesar un punto fijo en que apoyarse con absoluta y permanente seguridad, no olvide que Dios, al crear al hombre, le ha concedido esa ansiada base en la revelacion racional y en la inspiracion de los libros santos, y abra la conciencia á esa doctrina que se inaugura en Jerusalem el Domingo de Ramos entre aclamaciones de popular entusiasmo y pruebas de tierna y conmovedora alegría.

ROMUALDO A. ESPINO.

LA MUERTE DE JESÚS

De negras tintas se reviste el cielo;
el valle cubren tétricos fulgores;
los hijos de Judá, con sus clamores
llenar al justo de amargura y duelo.

Clavado en una cruz, con dulce anhelo
sufrir Jesús del pueblo los rigores,
que al morir salvará los pecadores
y halla en la muerte celestial consuelo.

Sombras inundan el hermoso prado;
la tierra se estremece conmovida
y el pueblo de la cruz huye aterrado.

Brilla por fin la luz apetecida,
y alumbra en aquel crimen consumado
la humanidad entera redimida.

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR.

UNA PROTESTA ¹

I

Los fueros de la verdad nos obligan, contra nuestro deseo, á coger la pluma para contestar al Sr. D. Valentin Gonzalez Serrano, en su artículo que con el título de *El ejército de Filipinas* se dió á luz en el núm. 2 de *La Ilustracion Militar* del mes de Febrero último.

No tenemos el intento de entrar en discusion acerca del fondo del artículo, pues aunque no somos voto en la materia, creemos necesaria la reorganizacion del ejército filipino; pero si nos circunscribiremos á protestar con referencia á sus apreciaciones respecto del carácter, manera de ser del indio, y la actitud de la raza mestiza, que tan duramente ha calificado el articulista.

Merece ciertamente elogios y nos place sobremedera que escritores como el Sr. Serrano y otros que han visitado aquellas hermosas pero desventuradas islas, promuevan en la prensa con sus proyectos de reformas la iniciativa de mover al Gobierno para la regeneracion de aquellos pueblos á fin de que entren en el camino de la libertad, verdadero principio de cultura. Lo único que no podemos tolerar, y por esto nos quejamos, es que, con el afan de reforzar sus argumentos, al exponer sus planes en esos artículos y al describir los hechos, usos, costumbres y carácter de aquellos isleños se altere la verdad, porque precisamente ésta es la que á la opinion interesa conocer.

Viniendo, pues, á la cuestion, citaremos los erróneos conceptos que sin duda se han escapado de la pluma del Sr. Gonzalez Serrano.

Entre otras cosas decia con respecto al indio, al mestizo y al sorteo de quintas que allí se hace:

«Nada puede—en cuanto al primero—esperarse de la iniciativa individual del que á nada aspira y nada ó

casi nada necesita, y áun esto lo halla como y cuando quiere. Se comprende, pues, que en medio de este verdadero paraíso, el indio, indolente por naturaleza y por tradicion y ejemplo de sus mayores, encuentre bien las cosas como están y se le importe un ardite del telégrafo, el ferro-carril, el tranvía y cuantos adelantos se rocen con la industria, el comercio y la agricultura. En cada mejora sólo verá un aumento de trabajo, y como él no necesita calzadas, ni puentes, ni grandes edificios, y le bastan para llenar sus necesidades un manojito de abacá con que tejer sus vestidos, otro de nito para hacer su sombrero, un puñado de arroz y un pescado de los que halla á la inmediacion de su casa para su comida, y unas cuantas cañas y nipas para fabricar su vivienda, de allí que haya permanecido tres siglos sin dar apenas un paso en el camino del progreso.»

En cuanto á lo segundo escribia:

«La raza mestiza, que comprende el papel tan importante que llegaria á desempeñar si en Filipinas se pudiera prescindir del elemento europeo, no ha de mirar ni mira seguramente con buenos ojos la dominacion española, y cuando en las aulas de la universidad de Manila aprenden la historia, suele no quedar-seles en la memoria más que los hechos que no nos favorecen; y si al derecho se dedican, se aplican á escudriñar lo que puede perjudicar á los hijos de la metrópoli; y si al sacerdocio, sus sermones no han de estar inspirados en una gran adhesion á España, á lo sumo aprenderán el cosmopolitismo que donde les conviene predicar los jesuitas; y en general, en toda carrera, profesion, ocupacion ó industria á que se dediquen, ya en su trato diario con los indios, y en cuantas ocasiones hallen medio y manera, su propaganda es persistente, continua é implacable en contra de nuestra dominacion.»

Y últimamente, en lo que al sorteo toca decia:

«Para comprender la legalidad con que se efectuará el sorteo en aquel país bastará que digamos que por el solo hecho de estar ausente el interesado el día que es llamado al servicio, ya á sustituirle el número siguiente sin ulterior reclamacion ni responsabilidad del prófugo.

«Este cómodo sistema para los ricos ó personas de influencia en las localidades hace que no se haya dado caso de que ingrese en el servicio militar uno tan solo de los hijos de los allí llamados municipales y principales.»

Hé aquí tal cual están apuntadas las consideraciones que nos importa mucho rechazar, porque son inexactas é injustificadas.

Francamente, nada más léjos estábamos de creer que el Sr. Gonzalez Serrano incurriera en las mismas vulgaridades en que han incurrido plumas aventureras y superficiales, y que se permita por agenas convicciones estampar en su trabajo juicios extraviados como esos, cuando ni en su trato, ni en las acaloradas discusiones que sobre el citado país con él hemos sostenido, se reflejaban semejantes ideas descabelladas; al contrario, eran otras las causas que señalaba al atraso de aquellas comarcas.

Para que la opinion se haga y no se extravie y la verdad luzca en asunto tan interesante en esto que á nuestro pueblo afecta, con la severa imparcialidad y con la independencia y claridad del que la razon y la justicia le asisten, entramos á rectificar las falsas afirmaciones emitidas por el Sr. Gonzalez Serrano en su precitado artículo.

Vamos por partes.

Con respecto á que el indio es indolente por naturaleza, por tradicion y ejemplo de sus mayores, permítanos el Sr. Serrano que le recordemos, porque sin duda se le habrá olvidado, aquel axioma filosófico que un día aprendiera cuando niño en el instituto estudiando lógica: *Quod nimis probat, nihil probat*, para decirle que de ser cierta la indolencia del indígena de Filipinas tal cual la pintaba en su artículo, y tal cual la describian ántes que él otros escritores *ejusdem furfuris*, ni habria remedio posible, ni cabria imaginar cosa semejante en ningun

mundo conocido, como ha dicho con razon el jóven escritor Sr. Sanciano ¹.

Filosofemos.

Esenciæ rerum immutabiles sunt, dicen los metafísicos, que en frase vulgar se traduce: *Genio y figura hasta la sepultura*. Pues bien: si el indio de Filipinas es de la suerte que lo ha descrito el Sr. Serrano, sumamente apático, indolente por naturaleza, por tradicion, temperamento, y ejemplo de sus mayores por añadidura, ni el tiempo, ni las circunstancias, ni la ilustracion, ni la educacion misma, ni todos los elementos civilizadores unidos pueden cambiar su índole y modo de ser, á no atentar contra la naturaleza, lo que es imposible. ¿Para qué ilustrarle pues? ¿Para qué civilizarle? Nadie da lo que no tiene: si el indio es esencialmente inactivo, si á nada aspira, porque hasta la aspiracion, atributo esencial del sér humano, le niega el autor del artículo, ni se ilustrará ni progresará. ¿Y qué ha estado pidiendo en su proyecto de reformas y reorganizacion el Sr. Gonzalez Serrano? ¿Qué ha estado exigiendo en su largo artículo al ministro de la Guerra, al de Ultramar y al Gobierno mismo? Ha estado pidiendo, ha estado exigiendo, á más de la reorganizacion del ejército, la instruccion, la educacion del indio y otras reformas de igual índole que encaminen á aquel país en las vías del progreso. Pero, ¿para qué, cuando todo esto á nada conduce? ¿No le hubiera valido más al Sr. Gonzalez Serrano, en vez de eso, que hubiera pedido y hasta exigido al Gobierno la extirpacion de esa raza inútil en este mundo?

¡Ah! Sr. Serrano, usted escribe á vuela pluma y por esto no ha sido consecuente con las premisas que ha sentado.

Mas dejemos de filosofar; acudamos á otras razones más positivas de que el indígena de Filipinas no es tan indolente ni apático como supone el articulista; descendamos al estadio de las pruebas prácticas.

No queremos hacer mencion de Manila ni de Cebú, primeras capitales y provincias del archipiélago, donde está más avanzada la civilizacion, donde el Sr. Serrano no nos negará que hay más actividad, más movimiento porque hay más ilustracion. Pasemos á las provincias un tanto atrasadas; fijémonos en Negros é Ilo-ilo, cuyo puerto ha sido habilitado para el comercio exterior hace nueve ó diez años, y que por consiguiente en la actualidad no pueden hallarse al nivel de las provincias arriba citadas. Si dicho señor ha tenido ocasion de recorrer Ilo-ilo, y visitó á Jaro, Molo, Manduriao, Arévalo, y toda la provincia, prescindiendo de la capital Ilo-ilo, donde está el núcleo de la poblacion europea, no podrá ménos de convenir con nosotros en que allí habia buenas calzadas, mejores calles, muchas casas de piedra y tabla, grandes edificios, aunque no tan suntuosos como los de Manila. El articulista, pues, sabrá mejor que nosotros, si ha recorrido el país, que los dueños de esas casas, de esos edificios, son unos humildes indios; que esas calzadas y calles son trabajo de esa desgraciada raza que tanto maldice. Luego no diga con incalificable *sans façon* el Sr. Serrano en su artículo que el indio no necesita de calzadas ni grandes edificios.

Encaminemos nuestros pasos á Negros. ¿Ha visto el autor del artículo esas inmensas haciendas que se extienden de N. á S. en la zona que mira á Ilo-ilo con sus frondosas cañas de azúcar llenas de exuberancia, de verdor y lozanía, y en medio de ellas *camarines* ó *ingenios* donde la máquina de vapor vomita sin cesar penachos de humo, y en su alrededor, con envi-

¹ Contra el artículo del Sr. D. Valentin Gonzalez Serrano, publicado en *La Ilustracion Militar*.

¹ Véase *El Progreso de Filipinas*, pág. 223.

diable actividad, millares y millares de brazos indios están trabajando noche y día en la elaboración y beneficio del azúcar? Como se habrá informado el Sr. Serrano, son propietarios de esos campos los indígenas naturales de la vecina provincia de Panay, pues de europeos apenas si hay quince que tengan haciendas en aquella isla, llamada con justa razón la *Cuba filipina*. Luego no afirme sin reparo el Sr. Gonzalez Serrano que de la iniciativa individual del indio nada puede esperarse porque á nada aspira: ¿veis cómo á algo aspira? Ni que le importa un ardite de los adelantos modernos: ¿veis cómo compra máquinas al vapor? Que en cada mejora sólo verá un aumento de trabajo: ¿veis cómo trabaja aun sin la mejora?

Con lo dicho no es que neguemos en tésis general la indolencia del indígena, ni que desechemos por absurdo que el indio es un tanto apático en trabajo. Cierto: el trabajo es ley de la humanidad; pero el hombre resiste á esa ley en tanto le es posible, y allí donde con escaso esfuerzo puede satisfacer sus necesidades suele ser más inclinado al reposo, sin tener en cuenta que las maravillosas facultades de que está dotado, le han sido dadas para que, eterno viajero, jamás se detenga en la senda del trabajo, que es la de la perfectibilidad.

Esta indiferencia, esta indolencia y aversión del indígena al trabajo, de que tanto se lamenta el articulista y nosotros mucho más, no se puede achacar á otra causa, en nuestro concepto, más que á la ignorancia en que yace, á su rudimentaria y mal formada educación y á los abusos y arbitrariedades que allí se ejercen por los peninsulares.

No me duelen prendas y debo decir y consignar la verdad: en tanto en Singapore, en Calcuta y Java con el régimen colonial y ejemplo de los ingleses y holandeses respectivamente, los indios malayos, hermanos de los nuestros, abandonaron la pereza para entregarse á la energía de la actividad y del trabajo, en nuestro archipiélago de San Lázaro, con nuestro régimen colonial y con el ejemplo de nuestros colonizadores que mientras estaban en la Península eran laboriosos, estando entre los indios, en vez de abrirles los ojos á la cultura, en vez de guiarles á la senda del progreso, vivieron como ellos, y aconteció lo que no pudo menos de acontecer, que los indios continuaron siendo indolentes.

En efecto: en vano se buscan en aquellas islas leyes que atiendan en el interior al fomento y desarrollo del trabajo, de las artes y de la industria, y si las hay no se cumplen exactamente, como lo sabe bien el Sr. Serrano: en vano se buscan reformas que sostengan y que presten eficaz apoyo á los esfuerzos para que no se malogren, que premien la iniciativa individual y las empresas, como es propio hacer en las sociedades que por primera vez abren los ojos á la luz del progreso, y si las hay, habrá observado el articulista, que como secretario estuvo al frente del gobierno general del archipiélago, que no se desarrollan, encerrados aquellos pueblos en un fatal inamovilismo; en vano, en fin, se pretende buscar las medidas que armonicen en cuanto tienen de comunes el interés público con el interés privado; las ideas, las instituciones, las costumbres, todo permanece en pernicioso estancamiento como las aguas del fétido pantano sin que un aura vivificadora imprima movimiento á cuanto en aquellas sociedades debe marchar al compás de los tiempos: gracias hoy al actual Gobierno, que reconociendo la importancia del archipiélago se afana en levantar aquellos pueblos de la prostración en que se encuentran.

Y la razón de todos estos males es obvia: con aquellas verdades dichas al monarca Cár-

los III por la Sociedad de Amigos de Zaragoza, bastará para conocer el por qué se ha querido que el indio yazca en la indolencia é ignorancia que le consume: «El estudio de hacer ignorantes á los hombres para que no reflexionen y conozcan la injusticia de los procedimientos y el dominio de la ignorancia apoderada de todas las clases del Estado, produce la miseria, la superstición, el fanatismo,» y nosotros añadimos: la indolencia de los pueblos.

Queda, pues, probado que el indio no es indolente por naturaleza, ni que la indolencia, como ha dicho el Sr. Serrano, era la causa de que haya permanecido tres siglos sin dar apenas un paso en el camino del progreso.

En el artículo siguiente trataremos el segundo punto.

GRACIANO LOPEZ Y GAENA.

EN SU MUERTE

Muere la tarde, y del sol los rayos
tiñen las nubes al postrer destello,
y la brisa que riza su cabello
forma gimiendo lánguidos desmayos.

Su voz se apaga; el sacerdote reza
la plegaria que alienta su agonía;
gira el eco de triste melodía
en torno de su artística cabeza.

Pierden su luz los ojos que brillaron
como un faro en la noche tenebrosa,
y allá en la cruz de funeraria losa
dos almas en un beso se encontraron.

Ella rompió del aire el sutil velo;
yo, uniéndolo á su estertor ronco gemido,
lloraba triste por el bien perdido
que dejó el mundo por volar al cielo.

R. VEGA ARMENTERO.

LA CRUZ EN EL GÓLGOTA

La ciudad de Jerusalem abría sus puertas á Jesús el Nazareno.

Ovación tan entusiasta no se había tributado jamás á Rey alguno. Las calles cubiertas de flores, las gentes vistiendo lujosos atavíos, y las estrepitosas aclamaciones de la multitud eran vivo testimonio de su respeto y admiración.

Jesús, el Rey de Reyes, llegaba á los muros de Jerusalem con bien sencillo séquito y en modestísima cabalgadura; pero la fama de sus milagros, la majestad de su egrégia persona y el fulgor divino que irradiaba de su augusta frente, decían bien que un príncipe supremo visitaba, como Señor, los dominios de su reino universal.

¡Qué frenético entusiasmo! ¡Cuánta alegría!
¡Qué grandiosa recepción!

¡¡Hosanna!! ¡¡Hosanna!! se escucha por doquier; y Jesús, objeto de tan ruidoso triunfo, pisa las calles de la ciudad entre una lluvia de flores y rodeado de mil y mil palmas. ¡Viva el Mesías!... ¡Salud y bendición al hijo de David, que viene en nombre del Señor!... ¡Viva el Rey de Israel! ¡Hosanna! ¡Hosanna!...

Y los mantos, desprendidos de los hombros, se tienden sobre el suelo para servir de alfombra al Soberano; y las palmas se abaten en señal de respeto; y las gentes se postran de rodillas gritando: ¡Viva el Rey!

¡Quién lo creyera! ¡Los mismos que le aclaman le han de erigir por trono una cruz de dolor? ¿Tan veleidoso es el destino? ¿Tan desleal el corazón del hombre? Sí, en verdad.

Examinemos una lúgubre página de esa historia divina donde existe un sangriento capítulo que tiene por epígrafe el «Calvario.»

¡Triste y pavorosa narración!

Oscuras nubes enlutan el cielo, cual si una

hada maléfica suspendiese sobre el mundo su tétrico manto; serpentinadas fugaces surgen con rapidez, y apagan su fosfórica luz en oscuro y tenebroso cénit; el mar embravecido eleva hasta las nubes sus olas con furor; las aves huyen á lo más apartado de los bosques, y los gritos soberbios de una ciudad sacrilega hielan el alma de aquel cuyos oídos los escuchan.

Detonaciones semejantes al estampido de la tempestad, ó de poderosa artillería, estremecen el espacio; el huracán se desata violento y arrastra en furiosos torbellinos árboles y peñas que se chocan; el mundo oscila lentamente á impulso de poder supremo, y Jerusalem, la ciudad deicida, exclama en su furor: ¡No importa!... Nada temo... ¡Adelante! ¡adelante!... ¡Clavémosle á la cruz!

En confuso tropel, las turbas insolentes al calvario han subido, y el Rey que aquella loca muchedumbre con frenesí aclamara, atado, escarnecido y fatigoso subió también humilde con la cruz: en ella fué clavado; de su divina frente brotó sangre preciosa, y el más augusto mártir, desde la altura de aquel trono entónces de ignominia, bendice á los pecadores y perdona sus injurias.

Un ginete, galopando en brioso corcel, atrae la admiración embriagadora de aquella muchedumbre sin piedad: terrible lanza empuña y cruel se dirige hácia el Dios-hombre que generoso ofrece al mundo su sangre y su perdón. La víctima inocente levanta su cabeza ensangrentada y contempla con paternal dulzura á aquel fiero verdugo, que no por esto se detiene. Avanza, sigue, llega..., la sangre brota de la herida y un ¡ay! tan pavoroso como helado protesta del brutal regocijo con que clama la inícuca multitud. ¡Ah!... ¡Pobre madre!... Sus ojos vieron tanta injuria; su noble corazón se ha roto en mil pedazos; su pecho agonizante de amargura exhaló tan lastimera queja... ¡Pobre madre!

La cruz oscila á impulso de la muerte; un trueno horrible anunciar parece merecido anatema; la noche cubre con su negro manto la turbas que se alejan en silencio; y á la cruz abrazada estrechamente, llora en la soledad una mujer... ¡Jesús ha muerto! María contempla su cadáver traspasado de dolor... Las profecías se han cumplido. La redención se ha consumado.

Pedid, señora, por el mundo que olvida tan sagrada deuda. ¡Que en nuestros pechos se graben indelebles vuestras amarguras! ¡Que el hombre humille su vergonzoso y necio orgullo proclamando á todas horas la grandeza de Dios!

SABAS JOSÉ BECERRIL,
Presbítero.

EL SIGLO Y LA FAMILIA

ARREGLO

Voy á tratar de presentaros el cuadro de la familia en lucha con el espíritu del siglo en que vivimos, al menos en lo que éste tiene de corruptor y extraviado.

Tal vez sea nuevo este espectáculo para algunos de mis lectores: que por él comprendan el precio del candor y la sencillez; que aprendan á no dar importancia á los accidentes ordinarios de la vida, comparándolos á los males incalculables que causan al hombre el error y la pasión; que aprendan, en fin, la misión que tienen que llenar en esta sociedad enferma, misión de consuelo, de dulzura, de curación, semejante á la de esas mujeres heroicas que con sus manos puras vendan las llagas horribles y no temen por su inocencia ni en los asilos de corrupción ni de castigo.

Mucho exageran esos detractores sistemáti-

cos de nuestro tiempo que lo creen todo perdido, aumentan nuestros vicios, embellecen la imagen del pasado para que nos horricemos de nosotros mismos, ven el mal mayor de lo que es y cierran los ojos para no ver el bien. Yo creo que debemos amar á nuestro siglo como se ama á la patria, á pesar de sus debilidades y sus faltas.

No se puede negar que este siglo es grande. Combate en empresas inmensas, desarrolla contra la naturaleza física fuerzas milagrosas que superan á la imaginación, y emprende una lucha formidable en favor del progreso.

Hay muchos que afirman que es malo: unos dicen que su maldad consiste en el amor á los goces materiales; otros creen que la causa es el espíritu de rebelion, y otros la achacan á la indiferencia de las verdades morales y religiosas.

Estos males no son tan modernos como se los supone. En todas las épocas han existido poco más ó ménos. Lo que sí es cierto, es que hoy día están sostenidos y favorecidos por un mal más profundo, propio de nuestro tiempo y que por ahora no parece próximo á desaparecer.

Se podrían definir los tres últimos siglos diciendo: El xvii cree, el xviii niega y el xix duda. Creer, es afirmar; negar, es rechazar resueltamente lo que se ha afirmado; dudar, es vacilar entre la afirmación y la negativa.

La duda es de todos los tiempos, no hay hombre que no dude en alguna cosa; no ha habido siglo en que no se haya encontrado algún hombre que no dudase de todo. Se dice que un siglo duda cuando hay en él muchos hombres que dudan, no cosas insignificantes, sino principios esenciales de la conducta humana.

Hay una clase de duda que es buena y provechosa, y es aquella que precede á la investigación y determina el exámen; pero existe una, funesta y corruptora, que nace del cansancio y la impotencia. Se manifiesta de varias maneras: á veces vacila entre dos afirmaciones y lo confiesa; esta es su mejor forma porque es sincera; otras veces aparece violenta y exagerada; otras toma un aspecto contradictorio y afirma hoy lo que niega mañana. Lo más raro de esto es que la duda, cuando comienza, va acompañada de cierto placer semejante á esas enfermedades extrañas que al acercarse la muerte son precedidas de una especie de sentimiento voluptuoso. Con la misma alegría que la juventud experimenta al ver caer los velos de la infancia, el alma siente un gozo malsano al abandonar una á una todas sus creencias naturales, como las ilusiones de la niñez; cree entrar en la edad viril porque siente agotarse en sí todos los manantiales de la vida. Al principio el alma cree que la duda es la independencia moral; se figura que es posible no abandonar más que las creencias que desagradan, conservar todas las que gustan, alejar las que estorban, contienen, ordenan y prohíben; guardar las que encantan, elevan, adulan y acarician. Creemos que podremos continuar amando la naturaleza, la belleza, la vida; gozando las hermosas emociones, la esperanza, el amor; pero poco á poco la duda se agranda y se extiende, el vacío se hace á nuestro alrededor y en nosotros mismos, y la ofuscación desaparece para dejar lugar al tedio.

El tedio es una calamidad bien conocida: ocupa un puesto en todas las existencias, hasta en las mejores. Es un malestar ó una incomodidad tan producida por un trabajo desagradable como por la inacción; pero en las almas sanas es un accidente que una cosa insignificante puede curar: una sonrisa, una palabra, un rayo de sol. Hay un tedio más grande y más profundo, que no dura solamente un instante, que no se detiene en la superficie del alma sino que la ocupa toda entera y penetra hasta el fondo: es el tedio

causado por el sentimiento de nuestra pequeñez y nuestra miseria. Cuando va unido al sentimiento religioso puede ser saludable, aunque aún entónces no está exento de peligro. Pero cuando le acompaña la duda es tan funesto al corazón como al espíritu; nace del vacío y tiende á llenarlo: no hay en él compensación ni esperanza. Al principio va, como la duda, acompañado de una especie de placer: se experimenta una deliciosa languidez, cierto abandono indefinible y vago; al alma le gusta errar por los espacios vaporosos y misteriosos, que tienen cierta semejanza con el infinito; se hace ilusiones, cree que soñar es vivir, suspirar creer, y en tal estado ve los objetos como en un sueño, adornados de misteriosa belleza. Estas ilusiones duran bien poco, y el alma no tarda en comprender que se alimenta de quimeras. Entónces se agita, busca el mundo y la sociedad, huye luego de ellos para entregarse á la soledad, agota la ciencia, el trabajo, el placer, y aún en el placer mismo, como dice Fausto, echa de ménos el deseo. Semejante á aquellos soñadores de la Edad Media que perseguían una obra imposible, se consume en la persecución de lo desconocido; al ménos ellos morían llenos de ilusiones y habían descubierto algunas verdades útiles; pero el tedio es un mal inquieto y estéril que se agita sin producir.

ELENA DEL REAL.

(Se concluirá.)

EL HOGAR

Del amor le formó la esencia pura;
los ángeles le guardan con anhelo;
el Señor le bendijo desde el cielo,
y es nido de placer y de ternura.

Reinan allí la paz y la ventura,
habita la honradez y mora el celo;
siempre hallamos en él dulce consuelo
del alma en la tristeza y amargura.

No hay en la tierra nombre más hermoso,
ni cual los suyos puros regocijos,
ni recuerdo más santo y delicioso.

Halla en él la mujer bienes prolijos;
por templo, el corazón de fiel esposo;
por corona, la dicha de sus hijos.

J. DE LA GARZA.

REVISTA EXTRANJERA

Mucho se habla en nuestro tiempo del atraso verdaderamente lamentable de la instrucción primaria en España; pero los que tanto se quejan no atienden al estado de la misma en algunos países extranjeros. La *Gazeta di Napoli* nos da cuenta de la situación de Italia respecto á este punto, citando la más reciente estadística, y según el censo de 1881 resulta que en Bari, de cada 100 habitantes de doce á diez y ocho años no saben leer ni escribir los 82,55; en Siracusa, los 66,36; en la antigua imperial Ravenna, los 56,27, y en Salerno, tan célebre por su clásica escuela de medicina, que puso la ciencia en adagios, los 51,15. Todas estas ciudades son capitales de provincia. Pero también es cierto que de cada 100 alistados en las armas en Wurtemberg, no saben leer ni escribir 0,30; en Baviera, 0,47; en el imperio alemán, 1,57; en Prusia, 2,27; en Suiza, 2,80; en Suecia, 5,03; en Holanda, 12,82; en Francia, 14,61; en Bélgica, 19,69; en Austria, 38,90, y en Italia 48,88. En 1880 dejaron de firmar el contrato de matrimonio en este país por no saber escribir el 59,97 por 100 de los esposos; en Inglaterra en 1879, el 16,20; en Escocia en 1878, el 10,66; en Irlanda el 28,55; en Baden, 0,07, y en Francia, 22,88. La primacía de la instrucción corresponde á los alemanes; ¿qué mucho que también sea suya la supremacía política?

En cambio, los escritores franceses, que van siguiendo con escrutadora mirada el curso de la instrucción, y entre ellos Aureliano Scholl en su artículo

titulado *L'escrime et les femmes*, dicen que entre los nuevos estudios femeninos que protege la moderna sociedad se cuenta ya el manejo de las armas, y entre sus ejercicios la asistencia á las academias en que se cultiva. Y sin embargo, los mejores tiempos para las mujeres no fueron aquellos en que lucharon con los hombres, no los de las Pentésileas, Camilas y Marfisas, sino aquellos otros en que los hombres combatían por ellas, los de los caballeros y escuderos. Afortunadamente aún no ha llegado á nuestro país este adelanto en la instrucción de las mujeres.

* *

La *Correspondencia de Portugal* y algunos periódicos de Buenos Aires dedican gran parte de sus columnas al anuncio de las funciones ó corridas de toros, y el primero se queja de que los lisbonenses no podrán disfrutar de ellas este año en Pascua de Resurrección, según era antigua costumbre, sino en 1.º de Abril. Dícenos al mismo tiempo que en todo el reino se construyen nuevas plazas, lo mismo exactamente que entre nosotros. ¡Y luego habrá quien piense en suprimir dichos espectáculos! Dios quiera que no duren tanto como las luchas de gladiadores y de fieras en el romano imperio; lo peor es que ningún cristianismo nuevo, ninguna nueva revelación más humanitaria vendrá á precipitar la caída de nuestros circos.

* *

En el nuevo reino de Grecia se prepara una obra importante: el rompimiento del istmo de Corinto por medio de un canal de seis kilómetros y medio, cuyo presupuesto se calcula en 65 millones de francos, así como el movimiento de tierras en 26 millones de metros cúbicos. El general griego Turr y Lesseps dirigirán los trabajos. La antigüedad también acometió estos como los de Suez, y así ocuparon á los griegos como á los romanos en tiempo de Nerón; pero hubieron de abandonarlos. Incalculables serán para el nuevo reino y para la ciudad predilecta de San Pablo, para la *bimaris* de Horacio, los beneficios de la nueva obra, bello florón en la espléndida corona del siglo xix.

* *

Se han descubierto en la Colombia inglesa á fines del año último pruebas que algunos consideran indudables de la opinión que atribuye á los pueblos del Asia oriental, especialmente á los chinos, la primitiva población de América. En la mina de Cassiar, y á la profundidad de seis pies, se encontraron ensartadas en un alambre monedas antiguas procedentes del Celeste Imperio, acuñadas, según se dice, hace tres mil años. El alambre, apenas desenterrado, se hizo polvo; pero las monedas se conservan para dar fe del origen de los americanos, y la experiencia, si el hecho en todos sus pormenores fuese cierto, vendría á confirmar las conjeturas de muchos historiadores y naturalistas, que necesitaban conciliar con la verdad bíblica de la unidad de nuestra especie la población del nuevo mundo. No es dicho descubrimiento el único de su clase; pero debemos contarle entre los de mayor importancia.

* *

Sabemos que la República Argentina y el Imperio del Brasil han convenido en establecer una nueva tarifa telegráfica; y que los ferro-carriles de aquel país y del Uruguay han recibido considerable desarrollo. Pero lo que sobre todo importa conocer á nuestros compatriotas es el estado de las colonias que en una y otra República del Plata se van estableciendo, y el singular cuidado con que el general Roca, presidente de la Argentina, trata de dar á conocer en Europa los elementos de riqueza del Estado cuyo destino le ha confiado el pueblo. Uno de los asuntos que más ocupan su atención es la emigración de los extranjeros, y los periódicos porteños refieren que ha encargado al Sr. Letzina, jefe de la Estadística nacional, la redacción de una memoria que comprenda una descripción sumaria, pero completa, de la producción, territorio, condiciones del trabajo agrícola é industrial, comercio, marina y cuanto puede interesar á los europeos que abandonan sus respectivas naciones por establecerse en aquellas apartadas costas del Atlántico.

Ni á los americanos ni á los europeos conviene que se desconozca lo que acerca de tan importante asunto debe saberse; por eso aplaudimos hoy al general Roca tanto como en el número anterior al presidente de los Estados-Unidos mejicanos, Sr. Gonzalez.

* *